

ALTERNATIVAS DE MODERNIZACION Y FUTURO PARA EL SECTOR REMOLACHERO-AZUCARERO

■ ROSA FERNANDEZ LEON

Subdirectora General de Industrias del Azúcar, Cereales y Forestales. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

Hablar, aunque brevemente, del sector azucarero, nos conduce, con independencia de resaltar su propia importancia, a hacerlo también de la remolacha, su única materia prima con la excepción de una pequeña cantidad que se extrae de la caña de azúcar, así como de la industria del dulce por ser el azúcar su materia prima fundamental.

UN CULTIVO SOCIAL

El mantenimiento del cultivo de la remolacha constituye en la actualidad, probablemente más que nunca, un objetivo y un reto en nuestro país en

la medida en que las reformas introducidas por la nueva PAC (Política Agraria Común) y las eventuales conclusiones de la Ronda Uruguay del GATT (Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio) pudieran conducir a una nueva reglamentación comunitaria que pusiera en cuestión la estabilidad de la actividad productora, hasta ahora "garantizada" por la actual OCM (Organización Común de Mercado) que regula este sector dentro de la Comunidad Europea, con una experiencia que, en términos generales, ha sido positiva para los intereses españoles y que se extingue con la actual campaña 1993/94.

Es evidente que esta necesidad de la permanencia del cultivo tiene distintos elementos de interés para los diferentes países de la CE y, en este sentido, aunque en la mayor parte de Europa la remolacha ha dejado de tener la antigua consideración de cultivo social, no deja de ser imprescindible en las alternativas culturales, siendo introductora de nuevas tecnologías en el campo debido a la posibilidad dinamizadora derivada de la gran cantidad de ingresos y gastos del cultivo, así como de los avances que en el mismo se siguen produciendo.

En todo caso, en España sí se puede seguir considerando a la remo-



lacha como un cultivo social, sobre todo si nos referimos a las explotaciones de pequeña dimensión, no muy tecnificadas, que emplean una gran cantidad de mano de obra familiar. Hay que recordar al respecto que la superficie media de la explotación remolachera en España está en torno a las 4 hectáreas por explotación (el 70% de la media comunitaria) aunque conviene decir que si bien en la zona Norte predominan las explotaciones familiares con una media de superficie incluso inferior a la citada, en el Centro y Sur coexisten las pequeñas y las grandes explotaciones.

Estas explotaciones se reparten en una superficie total cultivada que oscila en torno a las 170.000 hectáreas, aunque con una alta tendencia a disminuir al mismo tiempo que aumentan los rendimientos. De éstas, unas 100.000 hectáreas se cultivan en los regadíos del Duero, siendo técnicamente imprescindibles en las alternativas de dichos regadíos a falta de otros cultivos inviables principalmente por razones climatológicas. En el Sur de España se siembran 70.000 hectáreas de recolección estival de las que una tercera parte se cultivan en secano, donde es difícilmente sustituible, cultivándose el resto en unos regadíos que si bien técnicamente se pueden dedicar a otros cultivos, en la práctica no es así, ya que o están contingentados, caso del algodón, o requieren unas aportaciones de agua muy superiores.

Hay, además, algunos otros elementos que nos pueden dar una idea más exacta de la importancia social de este cultivo y entre ellos hay que apuntar que son 40.000 agricultores los que se dedican a la producción de remolacha en España y que el equivalente de los jornales del sector se puede estimar en una cifra cercana a los 13.000.

En estas condiciones, el cultivo de la remolacha genera altos ingresos brutos por hectárea a las explotaciones agrarias, en su mayoría familiares, y constituye, por tanto, un elemento



de estabilidad social en el mundo rural. Al respecto hay que señalar además que la elevada demanda de medios de producción que requiere este cultivo produce igualmente un efecto positivo sobre la dinamización del medio rural.

EL PESO DE LA INDUSTRIA

De esta forma, resulta que el primer interés del sector sea el mantenimiento del cultivo, lo que, junto a las condiciones de rentabilidad apuntadas, conlleva el soporte de una industria transformadora que ocupa un lugar importante dentro de la industria alimentaria española, ya que aporta el 3% del total del valor añadido de esta industria, cifra que se eleva al 17% en el caso concreto de la Comunidad Autónoma de Castilla y León.

Desde el punto de vista social hay que señalar que esta industria proporciona 5.000 puestos de trabajo anuales y que al estar ubicadas sus fábricas

en el medio rural, donde hay poca actividad industrial, constituye un elemento dinamizador de la actividad económica en las zonas de producción de remolacha.

La industria azucarera remolachera gira en España en torno a las cuatro empresas que tienen atribuidas cuotas para la campaña 1993/94 y que, junto con la pequeña cantidad de azúcar procedente de la caña, totalizan la cifra de 1 millón de toneladas de azúcar que España tiene asignada como cuota azucarera dentro de la Comunidad Europea.

Esas cuatro empresas disponen para la campaña 1993/94 de 21 fábricas, lo que supone una media de producción de 47.000 toneladas de azúcar por fábrica, cifra todavía muy alejada de la media comunitaria, donde la producción se puede situar en torno a las 70.000 toneladas, si bien la cifra dada para España ha experimentado un fuerte aumento, ya que en los últimos 10 años se han cerrado 8 fábricas

sin que haya variado sustancialmente la producción final.

Otra de las características estructurales del sector es su capacidad media de multuración por fábrica, que oscila alrededor del 4.800 toneladas de remolacha por día, contrastando con las 7.600 toneladas de cifra media que se registra en el conjunto de la CE. Hay que señalar también en este aspecto el hecho de que hace 10 años la capacidad española era de unas 3.250 toneladas/día.

PLANES DE MEJORA

Consideradas en su conjunto las actividades productora e industrial, el principal problema del sector remolachero-azucarero español es su falta de competitividad respecto a la situación que registra en otros países productores de la CE, y que se concreta en unos menores rendimientos y unos mayores costes de producción, siendo este el reto al que nos referíamos al principio, el de eliminar en lo posible estas diferencias. Es gráfico constatar al respecto que mientras el rendimiento comunitario oscila en torno a las 8 toneladas de azúcar/hectárea, en España no se llega a las 6 toneladas/hectárea. Asimismo, los costes de producción en España son superiores entre un 15 y un 20% con respecto a la media comunitaria. Estos hechos son achacables tanto a la producción de remolacha como a su transformación, partiendo de unos bajos rendimientos de cultivo que oscilan en torno a las 43 toneladas de remolacha/hectárea hasta su transformación en fábrica, en algunos casos todavía obsoletas, pasando por unos altos costes de cultivo derivado en parte de la necesidad de riego así como de unas defectuosas estructuras que dificultan un adecuado nivel de mecanización.

Esta problemática y su solución se contempla en un Plan de adaptación del sector agrícola que se pondrá en marcha en los próximos meses y que persigue básicamente un aumento de



la productividad a través de una mejora de los rendimientos de azúcar por hectárea, la reducción de los costes de producción y la mejora de la estructura de las explotaciones. Todo ello con los límites técnicos y climatológicos propios de las zonas productoras españolas, que no nos pondrán a corto plazo en la situación media comunitaria, pero que sí permitirán un avance considerable.

En lo relativo a la adaptación de la industria hay que señalar, por un lado las acciones de la Administración, que hasta el momento se limitaban a subvencionar aquellos proyectos encaminados al ahorro de energía y depuración de vertidos, a fin de poder paliar por una parte el 32% de menor productividad energética de la industria española con relación a la europea, y lograr, además, una mejora del medio ambiente en consonancia con los niveles europeos. A este respecto, cabe resaltar que desde nuestro ingreso en la CE el gasto medio anual que la industria nacional ha dedicado a su mejora es de 6.000 millones de pesetas anuales.

Paralelamente, la industria, al mismo tiempo que procedía a una serie de fusiones empresariales, procedía al cierre de algunas fábricas, tal y como se ha indicado, con el objeto de optimizar los factores de producción, y en concreto la productividad por trabajador, que en España es un 28% inferior a la media europea.

Esta política de aumentar la producción de azúcar por fábrica, al mismo tiempo que se aumentan las dimensiones de las industrias, tiene una limitación económica derivada del efecto inevitable que supone ligar la mayor productividad al incremento de costes del transporte de la remolacha, lógicamente más lejana, con lo que la dimensión de las fábricas españolas en su conjunto no podrá ser tan elevada como las comunitarias, ya que en el centro y el norte de Europa la remolacha se encuentra más próxima a la fábrica, tanto por las condiciones geográficas favorables, como por no tener que depender del riego que hace que el cultivo sea paralelo a los cauces fluviales y no concéntrico a la fábrica.

En esta línea de modernización industrial, durante las campañas 1993/94, 1994/95 y 1995/96 la Comisión Europea autoriza a España la concesión de subvenciones, cofinanciadas con fondos de la CE hasta un límite de 37,8 millones de Ecus, para proyectos de mejora de la industria azucarera sin el límite de actuaciones ya indicado referente al ahorro de energía y depuración de vertidos, en virtud del Reglamento (CEE) 3814/92, con lo que se podrán emprender nuevas acciones, tales como las dedicadas a mejora de calidad, tecnificación de procesos, etc..., además de las dos líneas ya apuntadas.

CONSUMO E INDUSTRIAS DE SEGUNDA TRANSFORMACION

El consumo de azúcar en España mantiene en los últimos años una tendencia creciente, situándose en la actualidad en 29 kilos por habitante y año, cifra de la que el 30% corresponde a consumo directo mientras que el 70% corresponde a consumo industrial, en el que también están inclui-

dos usos no alimentarios. La tendencia en los últimos años, similar a la europea, ha sido la disminución del consumo directo y el fuerte incremento por parte de las industrias utilizadoras del azúcar (chocolates, caramelos, chicles, golosinas, turrone, mazapanes, etc...) para los que esta materia prima tiene una fuerte incidencia en su composición y en sus costes, hasta el punto de que el azúcar supone entre un 35 y 60% del peso de los productos mencionados, mientras que la participación del azúcar en su estructura de costes de producción oscila entre un 10 y 20% del total.

El sector de las industrias de segunda transformación del azúcar, cuyos centros de gravedad no se encuentran cerca de las zonas de producción de azúcar, sino que su ubicación lo es en virtud de otros parámetros como la cercanía a los grandes centros de consumo o la facilidad exportadora, lo constituyen aproximadamente 440 empresas, de las que muy pocas están especializadas en productos concretos, siendo por lo general polivalentes.

Coincidiendo con esta atomización hay que destacar la pequeña dimensión de muchas empresas, que se traduce en que una gran mayoría factura menos de 200 millones de pesetas anuales y que tan sólo 25 facturen una cifra superior a los 2.000 millones. En conjunto, este sector obtiene una producción aproximada de 220.000 toneladas y una facturación de 175.000 millones de pesetas.

Precisamente, por esta gran atomización, pequeño tamaño y la dedicación a varios productos, se plantean problemas de competitividad en un mercado único, ya que en Europa existen menos empresas pero de mayor tamaño. El propio sector espera al respecto que se vaya produciendo una cierta especialización que permita ir identificando marca con producto. Esto significa que podrían desaparecer algunas empresas de pequeño tamaño, pero no demasiadas, ya que esta especialización podría producirse a nivel regional.

A pesar de lo ya comentado respecto al aumento relativo del consumo industrial del azúcar respecto al consumo doméstico directo, lo cierto, sin embargo, es que España sigue siendo uno de los países con más bajo consumo por persona de estos productos, y así el consumo de chocolates en España es de aproximadamente 2 kilos anuales por persona frente a una media comunitaria de 5,4 kilos, y el de los productos de confitería se sitúa en 2,3 kilos frente a los 4,4 kilos de media comunitaria.

Los bajos niveles de consumo constituyen uno de los principales problemas con los que se enfrenta el sector y que normalmente se explica en función del alto valor calórico de estos productos que se hace más apto para el consumo en países con menores temperaturas, donde, además, existe un elevado consumo en la población adulta, lo que no ocurre en nuestro país y lo que explica que no sea fácil un aumento a corto plazo ya que significa un cambio de los hábitos alimentarios.



A este respecto, sin embargo, conviene señalar lo beneficioso que podría ser un cierto grado de asociacionismo en el sector con objeto de promover una situación de fuerza ante las redes y cadenas comerciales ya que muchos de los productos del sector se venden casi exclusivamente en tiendas especializadas, "quioscos", explicación de que es la población infantil la fundamentalmente consumidora, pero poco en los grandes centros de distribución, lo que contribuiría al aumento de su consumo en la población adulta y su posibilidad de acercarlo a la media comunitaria como es la pretensión del sector.

COMERCIO EXTERIOR

También el comercio exterior es motivo de preocupación para los fabricantes españoles, sobre todo a partir del fuerte incremento registrado durante los últimos años por las importaciones, y no sólo en el subsector de los chocolates, en el que tradicionalmente España ha sido un país importador sino también en el subsector de la confitería (caramelos, chicles, etc...) en el que aún siendo exportadores netos hemos disminuido nuestra tasa de cobertura.

En el primer caso, las importaciones comenzaron a aumentar tras la adhesión a la CE, debido a la no adaptación de la producción nacional a los nuevos gustos y modos que provenientes de Europa arraigaron en España. Posteriormente se han ido corrigiendo estos defectos y últimamente, a pesar de que la balanza comercial sigue siendo negativa para nosotros, se va llegando a un cierto equilibrio y aumentan más las exportaciones que las importaciones.

Por lo que se refiere a los productos de confitería, y aunque con una balanza positiva, es mayor el ritmo de crecimiento de las importaciones. Finalmente, en turrónes y mazapanes el comercio exterior está muy limitado ya que son productos eminentemente



mente culturales y de difícil penetración en otros mercados. Señalar finalmente en este apartado que, a pesar de las dificultades, es un sector dinámico, como lo demuestra la existencia de tres consorcios de exportación que, según los casos, intentan hacer estudios de mercado conjuntos, utilizar las mismas redes de distribución, e incluso exportar con marca común.

Es importante en este sector la modernización de sus instalaciones, y ello a pesar de los grandes esfuerzos que ya se han hecho en el sentido de conseguir una mayor competitividad y calidad. En tal sentido, durante los últimos 6 años se han invertido apro-

ximadamente unos 14.000 millones de pesetas, que han contado con una subvención de la Administración por valor de unos 2.800 millones de pesetas. Para los próximos 3 años el sector dispone de un Plan de inversiones que se eleva a unos 18.000 millones de pesetas, básicamente destinados a la búsqueda de nuevos productos y tecnologías y a la potenciación del I+D, a fin de diversificar su producción y adaptarse a los gustos cambiantes del consumidor, creando incluso nuevas apetencias, todo ello con el objetivo de hacer más competitivas a las empresas tanto en el mercado interior como en el exterior. □